El encuentro

Silvia Molina

Tarde tras tarde, un niño es llevado por su padre, un médico ortopedista, a la clínica en la que trabaja. Ahí, el chico se divierte jugando con Jorge, un muchacho con ambas piernas enyesadas. Pero esa amistad se pierde y la vida lo lleva por otros rumbos y adversidades. Muchos años después, el hombre descubre la identidad de aquel niño de sus tardes lejanas. He aquí un nuevo relato de la autora de En silencio, la lluvia.

A Mauricio Gómez Morin

Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida.
Carlos Gardel

No es que no quiera contarte, le insistí a Martha, viendo jugar a nuestros nietos en el jardín con Plutón que no dejaba de mover la cola de felicidad. Todavía no puedo escuchar ni el nombre de mi padre. Sabes que no me gusta hablar de él, pero ya que te pones así, voy a destapar la Caja de Pandora para hablarte de esa parte de mi vida que quise borrar para siempre, pero por lo visto es imposible. Esta repentina visita me ha dejado así. Si llegas quince minutos antes, lo habrías visto.

Entonces le conté lo que pude recordar o quizá lo menos grave:

Todo comenzó una madrugada recién comenzado el verano. Me despertaron unos estruendos: ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Se escuchaban tan cerca que pensé que eran balazos. Era un amanecer fresco que olía a flores y todavía se alcanzaba a escuchar el canto de los grillos. Después de los primeros estampidos se hizo un largo silencio y enseguida un canto de pájaros me tranquilizó. De pronto oí el sonido de unos cascos de caballo, como si caminara por una calle empedrada.

¡Pum, pum, pum, pum…! Otra ráfaga de estampidos me hizo cerrar los ojos y prenderme de la sábana como si fuera una protección. Al cabo de unos segundos que se me hicieron eternos volví a abrirlos, aterrado.

No reconocí el lugar. Estaba en una cama que no era la mía, bajo una bóveda de ladrillos que no recordaba haber visto. "¿Dónde estoy?", pensé asustado.

No supe cómo había llegado allí, por más esfuerzos que hice, y empecé a llorar con ese llanto de inseguridad y desconsuelo que tienen los niños. Tenía siete años. Pensaba que vendrían en mi auxilio mi madre o mi padre, pero ninguno de los dos dio señales de vida. Estaba horrorizado. ¿Comprendes?

Cuando te conté que mi padre nos había abandonado, sólo te dije que fue médico, pero no su verdadera profesión: ortopedista. Trabajaba en la Clínica Primavera del doctor Velazco Zimbrón, el pionero de la ortopedia en México. Una clínica a la que durante algún tiempo solía llevarme con frecuencia. Me apresuraba para que comiera, y sin que hiciera la tarea, me hacía subir a su Pontiac azul. Cuando llegábamos, antes de irse a lo suyo, me sentaba en la cama de un niño enyesado de ambas piernas, que apenas podía moverse, y que era mi amigo: Jorge. Me gustaban su tímida sonrisa y su forma de cambiar la expresión de los ojos cuando me veía llegar. En ese momento yo me sentía esperado, importante. Él tenía chispa y nos divertíamos con sus ocurrencias y mis travesuras.

Nunca pensé en lo que sentiría por su imposibilidad de nadar o patinar o salir de paseo. Era un niño como yo,

sólo que no podía moverse temporalmente. Nunca le pregunté qué tenía o por qué lo habían operado, ni de dónde era ni cómo se apellidaba. Entre nosotros había un entendimiento especial, aunque en esa época no podríamos haberlo expresado con palabras. Era algo que nos conectaba, como si de alguna manera nos conociéramos de tiempo atrás.

Le prestaba mis juguetes, y a veces se los dejé por órdenes de mi padre. Recuerdo cómo me dolió regalarle unas ágatas que había ganado en la escuela, a la hora del recreo, al más engreído del grupo. Eran raras, especiales, Fernando me lo hizo notar.

Siempre llevaba algo distinto para sorprenderlo: un avión de madera de balsa que él hacía volar desde su cama y que yo perseguía hasta su caída para devolvérselo, un coche de pilas, mis álbumes de estampas de jugadores de béisbol, regalo del doctor Pérez Teuffer, que trabajaba en la clínica con mi papá y que después de la muerte de Velazco Zimbrón fue su director. Pegábamos las estampitas de los Naranjeros de Hermosillo, los Yaquis de Ciudad Obregón, los Tomateros de Culiacán, los Piratas de Campeche, los Camaroneros de Ciudad del Carmen, los Sultanes de Monterrey, los Diablos Rojos del México… Conocía todos los equipos y a cada uno de sus miembros. Mi ídolo era Felipe Montemayor, El Clipper, que estuvo en el equipo de Monterrey y luego con los Piratas de Pittsburgh. Lo admiraba porque era elegante y zurdo como yo. Era fácil impresionarse con él. También me gustaba el primera base del Filadelfia, el cubano Pancho Herrera, a quien todos llamaban Panchón, también por lo grandote.

Si mi padre me hubiera obligado a darle a Jorge mis álbumes, me habría abierto una herida profunda porque el beis era mi pasión a pesar de mi corta edad y de mi torpe lectura. Me había aficionado por Fernando, mi hermano, quien recortaba del periódico todas las noticias relacionadas con los juegos, y no se perdía una narración del Mago Septién en la radio. Yo estaba pendiente y apenas comenzaba ponía una silla junto a la suya y cerraba los ojos. De verdad creía ver el partido. Me hablaba de Mel Almada como de un semidiós, por haber sido el primer pelotero mexicano que entró a las Grandes Ligas, del que ya nadie se acordará, y quien había triunfado muchos años antes de que naciéramos.

Después de jugar, Jorge y yo escuchábamos "Peter and the Wolf", "The Teddy Bear's Picnic", "Who's Afraid of the Big Bad Wolf?" y otras piezas que ponía una voluntaria estadounidense a la que le decían "miss Sally" —porque por las mañanas enseñaba inglés a los internos—, en un tocadiscos de su propiedad, como los discos, o poníamos atención a un cuento que una voluntaria mexicana leía en voz alta mientras las niñas de la fila de camas de enfrente a las de los niños aprendían a bordar con hilos de colores que atraían mi curiosidad, aunque no tanto como una morenita, mayor que yo, que nos atisbaba con unos ojos melancólicos como si nos preguntara: "¿Qué esperan para invitarme a jugar?", pero, enyesada de la parte superior del cuerpo, su movimiento era todavía más limitado que el de Jorge, al grado de que no sólo no bordaba sino que no podía sostener un libro en las manos.

Me daban ganas de hablar con ella una tarde, pero nunca tuve el valor de acercarme, no sabía cómo, con qué pretexto, o quizá no lo hacía porque Jorge no me lo hubiera perdonado, ya que se pasaba la mañana esperándome. Llegué a soñar con ella. En mi ensueño le quitaba el yeso y la besaba en la mejilla con gentileza. Fue mi primer enamoramiento o mi primera atracción, si así puede considerarse. Los otros internos eran más grandes, y entraban y salían del hospital con cierta rapidez. Nunca eran los mismos. Sólo Jorge permanecía allí, con su halo de misterio.

De aquellos tiempos evoco con más detalle la música, los cuentos y las novelitas que las voluntarias de la clínica leían en voz alta para nosotros, como *Corazón, diario de un niño*, que era el libro de los miércoles, o *Las aventuras de Huckleberry Finn*, que era el del viernes. Un capítulo cada vez. También añoro a Camila, como se llamaba aquella chiquilla desolada que nos veía jugar, porque alimentó mis primeras fantasías. El día que no la encontré, porque la habían dado de alta, perdí de golpe el interés en aquel lugar que otros niños de mi edad o mis compañeros de la escuela no imaginaban que exis-

tiera. Debo decir que, a pesar de todo, era un espacio alegre porque las paredes estaban pintadas de colores claros y nunca faltaban adornos colocados por las voluntarias, sobre todo en las fiestas; y las había seguido porque celebraban santos y cumpleaños, y cuanto día importante marcaba el calendario; y porque desde las ventanas podía verse un bosque donde de vez en cuando corrían y saltaban las ardillas y se escuchaba el canto de los pájaros. Los internos nunca estaban solos ni aburridos, y tenían facilidad para dormirse a pesar de las distracciones.

Me había fastidiado de jugar con Jorge, como si yo hubiera madurado y él se hubiera quedado atrás, atado a una cama que no le permitía ser independiente. No volví a aquel lugar, a pesar de la presión de mi padre y sus regaños. Argüía la cantidad de tareas del colegio, dolor de estómago, me prendía de la falda de mi mamá, que le decía que me estaba quitando la infancia, y hacía todo lo que podía por evitar acompañar a mi padre… y no me sentí culpable por abandonar a aquel niño. Para ser sincero, pronto lo olvidé.

Recuerdo que, cuando mi padre me alzaba para subirme a la cama ortopédica, las enfermeras se echaban unas miradas cómplices que no entendía. Pero de mi padre muchos hablaban a sus espaldas. Fue un tipo al que le gustaba la aventura o quizá, para decirlo de otro modo, se apasionaba por los retos. Era moreno de grandes ojos atigrados y labios carnosos, delgado. Tenía el ceño fruncido, pero se distinguió por ser persuasivo y generoso con todos (menos con su familia). Exigente con sus subalternos, como con sus hijos, solía regañar a las enfermeras por nimiedades, sólo por mostrar su poder; y a mi madre porque sí, o quizá porque había dejado de quererla, como vimos después. Atesoraba el dinero como si lo fuera a perder exponiéndolo a una corriente de aire.

Después de aquel angustioso despertar, no volví a ver a mi padre. Nadie me dijo adónde había ido o por qué nos había dejado, y no pregunté. Era un secreto a voces: vivíamos mejor sin las peleas de mis padres. Yo le tenía miedo y coraje por los gritos que llegaban en la noche a mi habitación, y por las bofetadas que le daba a Fernando.

Mi madre, como las mujeres de su tiempo, se pintaba con discreción: usaba bilé en los labios, se ponía un poco de *rouge* en las mejillas y siempre tenía a la mano, en su bolso, una polverita con tapa de esmalte, con cuya borla se retocaba la nariz o la frente en alguna reunión. Decían que era una mujer atractiva y su melena negra le daba un toque especial. Yo tenía un Edipo enorme y la veía hermosa. Cuando tú la conociste, ya era una viejita acabada. Me gustaban su porte, su mirada trasparente. Cuando ahora veo sus fotografías, me parece una artista de cine estadounidense de la época, porque su nariz afilada y sus ojos almendrados le daban carácter, personalidad. O tal vez, para qué te digo, no he podido deshacerme del Edipo, a pesar de todo. Y para acabar con lo que podría ser otra exageración, bailaba con chispa. Se divertía tanto que nos transmitía su gozo; pero tenía pocas virtudes y muchos defectos; entre ellos, no haber perdonado a mi padre que le mandaba cartas y recados y hacía llamadas que ella no contestó. Cada mes, él depositaba en el banco la pensión que le había ordenado el juez, de la que mi madre siempre se quejaba, por escasa y "buena para nada".

Una vez fue a buscarla a Cuernavaca y ella le mandó decir que no conocía a nadie con ese nombre, que se retirara; y la desprecié porque mi hermana y yo sí teníamos deseos de verlo, una necesidad insospechada, o quizá teníamos ganas de un abrazo, de sentirlo, de saber que no se había muerto.

Si no era diestra en muchas cosas, con la separación tuvo que aprender a administrar unas casitas que tenía mi abuelo en Cuernavaca, de donde le quedaba un dinerito con el que nos educó. Se reveló como una mujer ordenada que contaría hasta el último centavo que entraba en su monedero y, si lo gastaba, lo hacía con cuidado. Nos traía tan cortos, que mi hermano mayor y yo salíamos a vender los huevos que ponían unas gallinas que compramos con un dinerito que nos regaló el abuelo de Navidad. "Para que aprendan lo que cuesta la vida", dijo. Dinero que, por instrucciones de mi madre, administrábamos escrupulosamente, pues no sólo teníamos que darles de comer a las gallinas sino estar pendientes de su salud y ahorrar para nuestros gustos.

A mi llanto, aquel amanecer, acudió, por fin, mi hermana. Escuché su voz de lejos y me tranquilicé.

—Gonzalo, ¿por qué lloras?

Cuando la escuché, lloré más, como si quisiera que me encontrara pronto, hasta que me cargó y me explicó que estábamos en nuestra casa nueva, en Cuernavaca, que allí íbamos a vivir y a ser felices. Así dijo: "A ser felices". Interpreta. Me explicó entonces que los cohetes tronaban porque era día de San Juan.

Habíamos llegado de noche. Yo dormí todo el camino y no recordaba nada del día anterior; por eso desperté tan asustado. A partir de entonces vivimos allí, en la calle de Tetela, en una casa propiedad de mis abuelos, y adonde decidió mi madre que nos mudáramos para alejarse de su pasado.

Le dije a María que iba a buscar a Fernando, y me vio con tristeza. No estábamos completos: al igual que mi papá, Fernando no había venido con nosotros, lo habían dejado en un internado, en el sur de la Ciudad de México, en una escuela de maristas que siempre odió.

Supe después que la causa de su internamiento había sido su mala conducta, de la que mi papá se había hartado, y de la cual, sin duda, debió de ser en parte culpable. Nunca voy a olvidar la noche en que le dio de cintarazos: como Fernando no lloraba ni pedía perdón ni se inmutaba siquiera, mi padre le daba más y más, hasta que quedó lleno de sangre por todos lados. Aun así, no logró que llorara.

Aunque María era despierta y simpática, y su presencia y su risa se sentían por toda la casa, me hacía falta mi compañero de beis, de fut, mi modelo, mi héroe, mi ídolo… Se notaba su vacío en la mesa, a la hora de la conversación, en la cama vacía de mi cuarto…

El cambio para mí fue drástico, aunque mejoró mi vida como no lo hubiera imaginado. La casa era amplia, estilo colonial con techos altos y bóvedas catalanas, y el jardín tenía tantos árboles frutales que se compraba poca fruta en la casa. Me mandaban a cortar limones, naranjas, aguacates, papayas, plátanos…

Todas las tardes, me trepaba a un gran ciruelo desde donde alcanzaba a ver un arroyo que corría a espaldas de la casa, y cuando subía a la parte más alta observaba todo el valle. Esa vista me parecía maravillosa. Miraba casas, jardines, vacas, borregos, el campo… Ese árbol era mi refugio, aunque a menudo me enfermaba del estómago por comer ciruelas crudas, de esas de hueso largo con poca pulpa amarilla, deliciosas. A veces me buscaban y no me hallaban. Bajaba después de un rato para que no descubrieran mi escondite.

La esposa del jardinero echaba unas tortillas tan blancas y tan sabrosas que apenas llegaba a mí el olor de la leña que ardía bajo su comal, bajaba corriendo del árbol a que me diera una con sal. Y luego me trepaba en la barda del frente de la casa para ver desde allí pasar coches, caminantes, compradores de viejo arriando a sus burros... Allí saboreaba la tortilla y soñaba con ir detrás de la gente a ver dónde iba.

La casa tenía una alberca rectangular con agua fría, donde nos refrescábamos mi hermana y yo llegando de la escuela, y en la que los sábados y los domingos compartíamos los juegos con los primos que venían de la Ciudad de México. A veces, incluso, se quedaban a dormir, o pasaban vacaciones. Pero de todas maneras extrañaba a mi hermano. Tanto molesté a mi mamá con la cantaleta de que quería verlo que un domingo me llevó al internado.

Las canchas de futbol estaban llenas de niños y jóvenes, que quizá, como mi hermano, tenían pocas visitas, aunque el arroyo vehicular estaba congestionado de tanto coche. Mi madre llevaba una bolsa con regalos y ropa para mi hermano; es decir, cosas como Chocomilk, chile piquín, jabón, champú, pasta de dientes, ropa limpia... y el dinero permitido para los recreos, pues había una tienda cerca de las canchas donde vendían un poco de todo tipo de refrigerios, dulces y galletas.

Durante el trayecto puse constantemente la mano sobre la bolsa superior de mi camisa, para estar seguro de que no se me habían caído dos estampitas que no habíamos podido conseguir y que habían llegado a mí por un compañero del nuevo colegio, donde, por cierto, recién entrado me dieron una paliza que me dejó adolorido una semana; pero al segundo día, apenas entré al salón y se me acercó uno de los bravucones, le tiré una patada a los genitales, como me había aconsejado el jardinero, me puse en guardia y allí paró todo.

Ver a Fernando me rompió el corazón. No se veía triste, pero yo lo quería con nosotros; y me di cuenta de que en la despedida estuvo a punto de llorar, pero lo disimuló con eficacia. Me llevó a su dormitorio que era colectivo, lo que me recordó de golpe la Clínica Primavera, pero este era un lugar frío y tristón, con unas cortinas color crema gastadas. Abrió con una llavecita que le colgaba del cuello un lóker y me tendió

una galleta que todavía saboreo cuando la recuerdo. Dijo: ¿Quieres un "piscolabis"? Y pensé que así se llamaba ese abanico crujiente y delicioso. Entonces saqué del bolsillo las estampitas: Jesse Flores, de Guadalajara, y Roberto *Beto* Ávila, el veracruzano que bateaba como los dioses, y que estuvo en las ligas mayores con cuatro equipos diferentes. Mi hermano sonrió, las puso dentro del lóker y me colocó un gancho suavecito al hígado en señal de felicidad. Volvíamos a jugar juntos. Entones me abracé a él, no quería soltarlo, como si con ese abrazo pudiera llevarlo conmigo.

La historia de mi hermano es otra historia que también conoces en parte y que algún día te contaré, pero puedo decirte que, sin él, me sentí incompleto muchos años. Al despedirme fingí que todo estaba bien, pero apenas entré en el coche dejé salir el llanto y no dije ni una palabra durante el regreso.

Mi madre, para ayudarse, ya que decía que no había dinero que le alcanzara, rentaba una de las habitaciones grandes. Tenía una sala con muebles coloniales, una chimenea para la época de lluvias torrenciales y el invierno y un baño de talavera inmenso. Fue así como conoció a su segundo marido. Una tarde estaba yo trepado en el ciruelo y vi de lejos cómo mi madre y él se besaban en la recámara de ella. Los ventanales estaban abiertos de par en par. Sentí un calor inmenso por todo el cuerpo y ganas de golpearlo, y no le dirigí la palabra a ella en una semana. Qué tienes, me decía. Y no contestaba. Esa fue la razón que me llevó a salir de Cuernavaca. Gerardo no era santo de mi devoción, le tenía unos celos terribles, al grado de que me pasaba horas pensando cómo acabar con él, ponía alacranes en sus zapatos y arañas en sus toallas. Le rogaba a mi mamá que me llevara al internado, pero sólo contestaba:

—Estás loco, no sabes lo que dices. Los internados son cárceles.

Entonces la detestaba aun más porque tenía a mi hermano en una cárcel, aunque él no sospechaba que la vida entre nosotros era igual de espantosa que la suya.

Así, después de insistir, después de cansarla, regresé a la Ciudad de México a casa de mi abuela materna que pasó a ser todo para mí. Nos quería tanto, que logró sacar a mi hermano del internado (nunca fue mi padre a visitarlo), y los dos vivimos con ella. Quiero suponer que no fuimos una carga, sino una compañía que de vez en cuando la hacía rabiar. Aunque a veces hablaba con Fernando a solas y en voz baja, supongo que por su comportamiento rebelde. El tiempo transcurrió sin más tribulaciones. A mi padre no lo veíamos y a mi madre la evitábamos. María se casó y se quedó a vivir en Cuernavaca. A veces sentía nostalgia por ella: después de todo había sido una buena compañera para mí. Y le debo no haber reprobado en la primaria y la secundaria, porque se encargaba de ayudarme con las tareas.

Pero creo que me estoy alejando de lo que quiero decirte. ¿Ves cómo me cuesta trabajo? Antes de que llegaras de tus clases, yo estaba cortando las ramas secas del limón, cuando me anunciaron la visita de alguien que quería verme. Salí hasta la reja. ¿Te acuerdas de mí?, me dijo. Me le quedé mirando, pero no supe quién era. Soy Jorge, se apresuró. ¿Jorge qué?, le pregunté, Jorge, Jorge Martínez. Su apellido no me dijo nada. ¿Te acuerdas de las ágatas que me regalaste? Cómo no me iba a acordar, si tanto me dolieron. Las sacó de su bolsillo en una talega de cuero y me las tendió. La abrí. Increíble, las conservaba todas. Lo hice pasar.

Era un hombre más robusto que yo y vestía elegante. No tenía rastro de haber estado enyesado tanto tiempo. Me alegré por él. Lo conduje hasta aquí, le presenté a los niños y le ofrecí una cerveza por la que fui al refrigerador pensando en aquellos años.

A mi regreso, me dijo sin más preámbulos que era mi medio hermano, que lo había sabido hasta que mi padre se fue a vivir con su madre, quien era la administradora de la Clínica Velazco Zimbrón: la "señorita Feliciana Martínez". Jorge había tenido el impulso de buscarme muchas veces, pero no se había atrevido. Yo estaba aturdido, incrédulo, como sigo: hablaba con el hijo de la mujer que le había robado el esposo a mi madre, su felicidad. Aquel niño a quien mi padre me obligaba a entretener era mi medio hermano. Yo lo divertía como si fuera mi obligación y no la suya. La figura de mi padre en el hospital, subiéndome a la cama ortopédica, me vino de golpe. No me digas que no fue un cabrón.

Y sin embargo me alegré de verlo, de verlo bien, digamos; pero de inmediato sentí algo que no puedo describir. Ese calor de ira que me recorre todavía el cuerpo. Lo vi en la cama y a mi padre apurándome para que lo acompañara a la clínica. Y, entonces, sólo entonces vi que Jorge y yo nos parecíamos, teníamos un aire hermano. Entendí por qué las enfermeras cuchicheaban al vernos.

Me comenzó a hervir más la sangre. Vinieron hasta mí nuestros juegos de cartas, la música de *Los tres cerditos*, las lecturas en voz alta de las voluntarias; y lleno de furia, pensé en mi padre, que me llevaba a distraer a su otro hijo, que me quitaba mis juguetes para dárselos, que me robó muchas tardes para que le hiciera compañía a un niño que nunca supe que era mi hermano.

Recordé el terror de los cohetes de San Juan, el internado de Fernando, mi soledad trepado en el ciruelo del jardín de Cuernavaca, a María separada de su marido y, vi a mi madre sentada por las noches en la mesa del comedor haciendo cuentas, sin olvidar su rencor. Supe lo iguales que éramos los dos, los mismos defectos, al fin y al cabo, éramos madre e hijo… Entonces traté de acordarme de la voz de mi padre y no pude; sólo recordé un mundo que me hizo madurar antes de tiempo, en el que nunca lo encontré. **u**